

La interferencia gramsciana en la producción teórica y política de la izquierda latinoamericana.*

Raúl Burgos**

Que le dijo el movimiento comunista internacional a Gramsci

No tengo edad
no tengo edad
para amarte...
Roque Dalton***

I. Gramsci en América Latina

La cuestión de la difusión de la obra de Antonio Gramsci en América Latina ya fue objeto de múltiples estudios. El tema mereció un seminario internacional en Italia (Ferrara, 1985) organizado por el *Instituto Gramsci* bajo el nombre de “Transformaciones políticas en América Latina: la presencia de Gramsci en la cultura latinoamericana”¹ Este hecho es de por sí indicativo de la importancia que tuvo la difusión de este pensamiento en estas regiones. Sobre este proceso nos interesa adelantar algunas observaciones. En primer lugar, una observación cronológica: Podemos dividir la historia de la relación del pensamiento de Gramsci con América Latina en dos períodos más o menos diferenciados: El primero de ellos desde el comienzo de los años 50 hasta el primer lustro de los 70; el segundo desde mediados de los años 70 en adelante. En la primera etapa los principales centros de edición de la obra de Gramsci en América Latina fueron Argentina (con las ediciones de Editorial Lautaro, vinculada al Partido Comunista de la Argentina (PCA), que realizó la primera difusión a nivel continental de la obra gramsciana² y a partir de 1963 Y a partir de 1963 con el grupo *Pasado y Presente*); y Brasil a través de las ediciones de la editorial *Civilizacao Brasileira*.³ Sobre la segunda fase de la difusión gramsciana, José Aricó extiende para América Latina la expresión que Marco Aurélio Nogueira había acuñado para el mismo período en Brasil, señalando que las ideas de Gramsci “explotaron como un volcán” (Aricó, 1988, p. 12).

En segundo lugar, una observación teórico-política en la primera etapa la difusión del pensamiento gramsciano se realiza en una relación no conflictiva con el paradigma clásico de revolución que tiene origen en la Revolución Rusa. En el caso argentino, en el período comprendido entre 1950 y 1963, Gramsci aparece vinculado y limitado a los sectores del PCA que militaban en el trabajo cultural. En este momento, Gramsci era leído, básicamente, como un teórico de la cultura. En el segundo momento de esta primera etapa

* Este trabajo fue preparado para la discusión en el encuentro de 1997 de la *Latin American Studies Association*, Continental Plaza Hotel, Guadalajara, México, realizado entre el 17 y el 19 de abril de 1997.

** Universidad Estadual de Campinas, São Paulo, Brasil.

*** *Un libro levemente odioso*, UCA, San Salvador, 1992. Roque Dalton es uno de los más prestigiosos poetas salvadoreños. Nacido en 1935, hijo de padre norteamericano y madre salvadoreña, en 1953, con 18 años, viaja a Chile donde conoce a Neruda, a Valejo y al marxismo. A su regreso a El Salvador se incorpora a la lucha contra la dictadura de Lemus, y en 1961 sufre el primer exilio a México, llevando en su mochila dos prisiones y una condena a muerte. En 1962 pasa a vivir en Cuba y a participar activamente en los medios intelectuales. A fines de 1963 entra clandestinamente a El Salvador con el rostro transformado para evitar la persecución y será muerto por fusilamiento el 10 de mayo de 1975 a manos de sus propios compañeros del PRS-ERP, debido a disidencias políticas, en un asesinato ordenado por la dirección del partido, encabezada entonces por Alejandro Rivas Mira. Como expresara el escritor salvadoreño Eraclio Zepeda, Roque Dalton fue asesinado “por la irracionalidad de un primitivismo que pretendió ser revolucionario, en los primeros meses de la lucha armada en El Salvador.”

argentina, ya fuera de la estructura del PCA, en manos de los expulsados de sus filas, Gramsci se difunde vinculado a otras corrientes políticas de la época, críticas de la política y la teoría del PCA pero continuadoras de la tradición leninista. Aricó nos dice sobre el tipo de difusión de esta etapa:

La revista [*Pasado y Presente*] cuya primera serie concluye en septiembre de 1965, pretendía organizar una labor de recuperación de la capacidad hegemónica de la teoría marxista sometiénola a la prueba de las demandas del presente. Desde esta preocupación, y aunque ello no fuera muchas veces expuesto de manera rotunda en sus contribuciones, cuestionábamos el llamado “marxismo-leninismo” como patrimonio teórico y político fundante de una cultura de transformación. Lenin era, para nosotros, la demostración práctica de la vitalidad de un método y no una suma de principios abstractos e inmutables; su filosofía no debía buscarse allí donde se creía poder encontrarla sino en su acción práctica y en las reflexiones vinculadas a ésta. No en *Mateialismo y empiriocriticismo*, sino en las *Tesis de Abril*... (Aricó, 1988, p. 62-63)...Eramos una rara mezcla de guevaristas y togliattianos. Si alguna vez esta rara combinación fue posible, nosotros la expresamos (Aricó, 1988, p. 75).

Mas adelante agrega el lugar que ocupaban en las concepciones del grupo “...las matrices leninistas y gramscianas” que constituían el fundamento teórico de las reflexiones del grupo. “Gramsci no nos liberó de Lenin -señala Aricó, resumiendo lo que nos parece una característica bastante general de la *Nueva Izquierda* de la época- simplemente nos permitió tener de sus ideas una concepción más compleja, más abierta...” (Aricó, 1988, p. 79)

Por su parte, Juan Carlos Portantiero expresa acerca del mismo punto:

....Es que no se trataba sólo de Gramsci. Nosotros hacíamos una especie de cóctel, donde Gramsci convivía con Guevara y la Revolución China. En ese conjunto nosotros veíamos posibilidades de articulación, con un discurso historicista y voluntarista frente a otro que nos parecía especulativo y cientificista. Cualquiera de esas tres entradas (el culturalismo, Gramsci, o Guevara) nos ayudaba a pensar las cosas de esa manera. Aunque utilizábamos más a Gramsci, por sus análisis sobre la cultura y las clases subalternas (Portantiero, 1991, p. 8)

En tercer lugar, una observación sobre el terreno de la difusión. En el primer ciclo, Gramsci no consigue un lugar destacado en la universidad. En los años 50 la difusión era incipiente y reducido a pequeños círculos. En los 60, el debate en la universidad latinoamericana está marcado por los temas traídos por la Revolución Cubana lo que lleva a Aricó a denominar el período como “los años de Cuba”, expresando un estado de ánimo y una predisposición de espíritu para un tipo de lectura en la cual Gramsci entraba tangencialmente, como *parte* de un movimiento renovador dentro del marxismo pero sin una relevancia particular. Será sólo en el final de este primer ciclo que Gramsci comenzará a ocupar un espacio mayor en la vida académica. En el segundo ciclo, por el contrario, Gramsci está ya instalado en la universidad y ésta se transforma en un lugar privilegiado de su difusión y discusión.⁴ Arnaldo Córdova se refiere al ingreso de Gramsci en la universidad mexicana, todavía en la década del 60, señalando una modificación en la dirección de difusión anterior:

Fuera de la izquierda militante algo positivo sucedió en aquellos años. Gramsci entró en algunos ambientes académicos. Jóvenes profesores marxistas sin militancia política, muchos de los cuáles habían estudiado en Europa e inclusive en Italia, trajeron, junto con las obras juveniles de Marx recién descubiertas, una nueva visión del marxismo en la cual era común y necesaria la referencia a Gramsci (...) Ahora un mayor número de personas pasaba a conocer a Gramsci, y directamente en italiano, pues las traducciones argentinas de sus obras estaban agotadas y ya no circulaban en la mitad de los años 60'. (Córdova, 1988, p. 98).

También es claro que el hecho de que ese “mayor número de personas [que] pasaba a conocer a Gramsci” lo hiciera “directamente en italiano” es indicativo del tipo restrictivo de difusión. El propio Córdova reconoce el hecho observando que “a pesar de todo, el número de conocedores de Gramsci continuó siendo extremadamente reducido” (Ibid.). Córdova señala al mismo tiempo como Gramsci pasa a ser masivamente conocido a través de los textos de Althusser, con todos los problemas que esa mediación acarrearba. Es válido pensar que el modo de ingreso de Gramsci en la universidad de América Latina haya tenido esa forma “molecular” y difusa que se expresa en el texto de Córdova.

A mediados de la década del 70, México, país de una configuración política interna controvertida, a través de su política exterior sirvió de abrigo generoso para diversas tendencias de exiliados políticos. En particular militantes e intelectuales de izquierda de distintos países latinoamericanos afectados por la trágica etapa de las dictaduras militares encontraron en México una acogida amable, hecho que convirtió a este país, a partir del segundo lustro de los años 70, en punto neurálgico de la vida política latinoamericana. En una América del Sur sumergida en dictaduras militares sanguinarias, con la democracia política imperando en unos pocos países y con una América Central incendiándose en movimientos revolucionarios, México (fundamental pero no solamente: también Venezuela, Cuba, Costa Rica, jugaron un papel similar, aunque de menor envergadura) fue caja de resonancia y lugar privilegiado para la observación, estudio y discusión de los procesos en marcha en las sociedades latinoamericanas, y sus universidades e institutos de pesquisa, espacios frecuentados por una pléyade de intelectuales vinculados a las varias tendencias de izquierda que crecieron en esos años turbulentos. México fue al mismo tiempo un lugar importante en la publicación de textos vinculados a la cultura socialista y al marxismo en particular. Ese “caldo cultural” será entonces, escenario destacado de una extensa experiencia de reflexión de la intelectualidad de izquierda latinoamericana sobre los motivos del fracaso de los proyectos transformadores encarados tanto por la nueva generación, la llamada “izquierda revolucionaria”, la izquierda surgida en los años 60.

Vale la pena destacar ciertas características “institucionales” de la discusión y difusión de las ideas de la izquierda en estas circunstancias. Varios importantes encuentros de intelectuales jugaron un papel relevante. Son conocidos el Coloquio de Mérida (Yucatán), en 1973, cuyas ponencias y debates fueron publicados en el libro *Las clases sociales en América Latina*, Siglo XXI, México; el Seminario de Oaxaca, que resultó en el libro *Clases sociales y crisis política en América Latina*, Siglo XXI, México, 1977; el Seminario de Puebla, en octubre de 1978, sobre el tema “El Estado de transición en América Latina” publicado como *Movimientos populares y alternativas de poder en Latinoamérica*, Universidad Autónoma de Puebla, 1980; el Coloquio de Culiacán (Sinaloa), en 1980, sobre Mariátegui; el Seminario de Morelia (Michoacán) también en 1980, dedicado a la discusión de la funcionalidad metodológica y política del concepto de hegemonía, -cuyas comunicaciones fueron publicadas en el libro *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México, 1985, etc. En particular ese último seminario fue concebido en esa intersección problemática de política y teoría, y no por acaso la elaboración gramsciana de la hegemonía fue el elemento aglutinante. En el *Prólogo* al libro que resultó del seminario, cinco años después reflexionaba José Aricó:

El objetivo del seminario era romper esta suerte de brecha abierta entre análisis de la realidad y propuestas teóricas y políticas de transformación. Para ello era preciso tender una aproximación a la política que, sin desvirtuar la naturaleza de un seminario de científicos sociales donde se discute sobre teoría política, pugnara por encontrar un nivel de mediación con la realidad en la que las fronteras demasiado rígidas entre lo “académico” y lo “político” se desdibujaran.. (Aricó, 1985, p. 12).

...El seminario (...) no se propuso analizar cómo y a través de qué caminos se impuso históricamente la hegemonía de las clases dominantes en las naciones latinoamericanas, sino, más bien, cómo y a través de qué procesos y recomposiciones teóricas y prácticas puede construirse una hegemonía proletaria, o popular (...) capaz de provocar una transformación radical acorde con las aspiraciones democráticas de las clases trabajadoras del continente. Es precisamente esta perspectiva de las clases populares que se deseaba subrayar...(Aricó, 1985, p. 11)

Por su parte, Julio Labastida, Director del *Instituto de Investigaciones Sociales* de la UNAM en esta época y coordinador del libro, expresa en la *Introducción* al mismo:

Ante la ausencia de una teoría capaz de unificar en el campo de la reflexión política los momentos democráticos y socialistas, las corrientes marxistas han insistido en la concepción clásica según la cual, y a partir de un arco de alianzas de clases dirigidas por el proletariado, el movimiento reivindicativo-corporativo de las masas será capaz de generar una crisis social y, en virtud de la presencia de una organización política determinada, podrá conducir a trastocar el poder existente. El objetivo central de las clases populares, según esta concepción, se expresa en una política llamada de “acumulación de fuerzas” que prepare el momento de la toma del poder. En la medida en que dicha acumulación de fuerzas es concebida esencialmente como una mera unificación instrumental y no como la expresión consciente de una hipótesis estratégica y de una teoría de la transición, no puede unificar en un proyecto social único al conjunto heterogéneo de las clases populares.

Los procesos populares que condujeron en el pasado a una transitoria conquista del poder por no haber sido el resultado de una real y efectiva unificación social y política de las masas populares, se mostraron inmaduros para resolver las difíciles tareas que presupone la total transformación económica, social y política de un país, no lograron mantener el pleno consenso de las masas populares y condujeron rápidamente a soluciones autoritarias. El hecho de que en el análisis de estas experiencias frecuentemente las izquierdas socialistas tiendan a hacer recaer sobre “factores externos” al propio proceso la responsabilidad fundamental del fracaso, revela las limitaciones de las hipótesis estratégicas. En última instancia, a un extremo voluntarismo de la teoría corresponde una práctica que dicotomiza las propuestas democráticas y socialistas.

En este sentido, el objetivo del seminario fue reflexionar sobre las posibilidades de establecer un campo de análisis integrado para lo que en la realidad y en la teoría aparece desarticulado y hasta contrapuesto. Ello supone la reconsideración crítica de las categorías analíticas utilizadas hasta el presente. (Labastida, 1985, p. 9-10)

En los objetivos del Seminario de Morelia, sintetizados en las palabras de Aricó y Labastida, puede leerse el desafío teórico-político de una extensa camada de intelectuales de aquel tiempo.

Dos grandes hallazgos realizados por la intelectualidad de izquierda en esta etapa son destacados: En primer lugar, el descubrimiento de José Carlos Mariátegui y sus esfuerzos por la producción de un marxismo no dogmático, de raíces latinoamericanas, y por la producción de un proyecto autóctono de socialismo; en segundo lugar, una re-lectura en nuevos códigos de la obra de Gramsci. El pensamiento gramsciano, como elemento integrante del gran torrente de la crítica antidogmática, se había difundido en América Latina bajo dos matrices principales: La matriz culturalista de lo “nacional-popular” y la matriz obreirista del “consejismo”, mediante las cuales se intentaba dar cuenta de los problemas que habían tenido los proyectos transformadores anteriores para insertarse en la “exótica” realidad latinoamericana. Por ejemplo, sobre el carácter de la lectura de Gramsci que se difundía en el Brasil de fines de los años 60, nos dice Carlos Nelson Coutinho:

...El Gramsci presente no es el agudo teórico del Estado “ampliado” y de la revolución socialista en “Occidente”, ni tampoco el investigador de formas “no clásicas” de transición para la modernidad capitalista (la problemática de la “revolución pasiva”) sino el “filósofo de la praxis”, aquel que propone una lectura humanista e historicista del marxismo, diferente de la vulgata soviética que hasta entonces nos fuera impuesta. Así, no es por acaso que Gramsci en esa primera incursión brasileña, aparezca siempre al lado de Lukács y del Sartre de la *Crítica de la razón dialéctica*: Los tres son presentados como instrumentos privilegiados de una batalla ciertamente antidogmática, pero que se pretende todavía centrada sustancialmente en los terrenos de la filosofía, de la estética y de la sociología de la cultura (Coutinho, 1989, p. 59).

En la nueva perspectiva se pondrá el acento en el Gramsci “teórico de la hegemonía”, lo que significó un cambio radical del eje de reflexión. Es que con esta inflexión teórica se produciría un hecho que es clave para las futuras innovaciones: Se introduce un cambio de *lógica* en el pensamiento de transformación social en América Latina. Las anteriores matrices de discusión y difusión de la obra de Gramsci y de otros autores del llamado “marxismo occidental” que influyeron también de diversos modos en el curso de este algo proceso de renovación, estaban regidos por la *lógica del asalto al poder*, una cierta teoría del proceso transformador que encuentra en Lenin al más relevante teórico. En el nuevo eje de la reflexión se pasa a un otro modo de pensar de transformación radical de la sociedad: De la lógica del asalto al poder se pasa a la lógica de *construcción de nuevos poderes*, la lógica de construcción de hegemonía.

La vieja lógica, la *teoría leninista de la revolución* que a los tradicionales conceptos del materialismo histórico agregaba una serie de elementos tomados fundamentalmente de la Revolución Rusa, que especificaban los problemas práctico-políticos de la revolución, se constituía en trazos generales de la siguiente manera:

1- Una teoría de las “condiciones” para la revolución que implicaba una cierta correlación entre condiciones “objetivas” y “subjetivas”. Las condiciones “objetivas” hablaban esencialmente del desarrollo *suficiente* y de la *clase obrera* como principal fuerza motriz de la revolución socialista. Las condiciones “subjetivas” eran tratadas en dos direcciones principales: Una “teoría de las fuerzas sociales motrices” de la revolución y una “teoría de la vanguardia” o del “partido revolucionario”. La teoría de las fuerzas sociales motrices se fundaba

en dos conceptos claves: (y) el papel central de la clase obrera y (ii) la alianza de ésta con otras clases *no antagónicas*, en primer lugar el campesinado pobre y, en segundo lugar, la pequeña burguesía urbana. La teoría de la vanguardia o del partido se basaba en la idea de la necesidad de la dirección y organización del proceso revolucionario a partir de la elite más consciente del movimiento obrero y revolucionario y la sumisión del conjunto del movimiento social transformador al “estado mayor revolucionario” organizado en el partido. El principio básico de organización de este “estado mayor-partido-vanguardia” era el “centralismo democrático” considerado como principio que reflejaba el “nexo dialéctico” entre *conocimiento* y *transformación* del mundo.

2. Una “teoría del Estado” que lo concebía en un sentido restricto-instrumental, como “aparato burocrático-militar a ser tomado y destruido”. Sobre sus cenizas se construiría el nuevo Estado.

3. Una teoría de la “crisis del Estado” un poco más compleja que su teoría del Estado, que tenía como punto culminante la desorganización social generalizada. La “situación revolucionaria” era sintetizada por Lenin como una etapa donde “los de arriba no pueden y los de abajo no quieren” sostener el estado de cosas imperante.

4. Por último, una “teoría de la revolución” propiamente dicha, como “toma del poder político+posterior transformación del orden económico-social”: El primer momento explosivo -la toma del poder- el segundo, dependiente del primero temporal y lógicamente, más dilatado en el tiempo. El primer momento sería relativamente “simple” de realizar en las sociedades capitalistas menos desarrolladas y más difícil en las más desarrolladas; el segundo, más complicado en las sociedades atrasadas y relativamente más fácil en las sociedades capitalistas avanzadas, una vez que el “socialismo” era considerado, en su primera etapa, como un “cambio de manos” de la administración de la riqueza social. El concepto básico en esta teoría de la revolución era el de “dictadura del proletariado”, a tal punto que se puede decir que esta “teoría de la revolución socialista” era, más precisamente, una “teoría de las condiciones de realización de la dictadura del proletariado”.

En este modelo de la revolución como “acto” la idea del carácter socialista que asumiría el acto revolucionario venía dado por dos factores principales. En primer lugar, el carácter “proletario” del sujeto central de los cambios (toda vez que socialismo era asociado inmediata y necesariamente a “proletariado”). En segundo lugar, la transferencia de la propiedad de los principales medios de producción al Estado y con esto, formalmente, a la sociedad. Este segundo supuesto sobre el carácter socialista del acto revolucionario contenía una serie de reducciones:

a) El conjunto de las relaciones sociales son reducidas a lo que se considera su “esencia”, las relaciones de propiedad.

b) Las relaciones de producción, a su vez, son reducidas a lo que se considera su “esencia”, las relaciones de propiedad,

c) La propiedad social de los medios de producción es reducida a la administración estatal según la ecuación **propiedad del Estado=propiedad social**.

Así, el carácter socialista de la revolución se fundaba para este modelo en un acto por el cual la vanguardia política del movimiento revolucionario se apodera del “poder político” (aparato burocrático-militar del Estado) y desde allí se opera la transformación de “carácter socialista” de la base económica; el principal “acto es la “socialización” (estatización) de los principales medios de producción. Sin este acto no hay “revolución socialista” en este modelo, y sin “revolución política” (toma, asalto del poder) este acto es imposible. Cualquier clase de transición socialista sin esta transferencia del poder económico al Estado es considerado como “reformismo”, una forma más o menos democratizante de capitalismo.

Este era a grandes rasgos el modelo que debía ser criticado. Para esta tarea y para la constitución de una nueva lógica del pensamiento de la transformación social varios conceptos de Gramsci -o con los cuales éste sostiene un diálogo fecundo para su propia posición- fueron fundamentales instrumentos teóricos. Esa nueva lógica se conforma, aproximadamente en los siguientes términos:

1. Se piensa la “revolución” no simplemente como un acto explosivo sino como un proceso en el cual se van construyendo nuevas relaciones de poder y nuevos niveles culturales y organizativos de la sociedad en una estrategia que puede ser pensada a través de la metáfora gramsciana de “guerra de posiciones”. Los bordes polémicos de esta concepción se encuentran no sólo en el viejo paradigma de izquierda sino en el modelo socialdemócrata “realmente existente”. Si contra la idea del acto puntual y explosivo se destaca la idea de “proceso”, contra el paradigma socialdemócrata de una evolución infinita cuyo límite asintótico no deja de ser el capitalismo, se postula la necesidad de continuas y sucesivas *rupturas* anticapitalistas. Al mismo tiempo se verifica un movimiento crítico al economicismo de las viejas posturas y se observa que esas rupturas no incumben sólo al orden económico sino a los múltiples cauces del proceso social. En el 1º Congreso del PT; por ejemplo, se llega a la siguiente síntesis:

Si no visualizamos la conquista del poder como un “asalto al Estado”, tampoco creemos que el socialismo vendrá a través de un ininterrumpido y lineal crecimiento de las fuerzas y de la hegemonía socialista dentro de la sociedad, sin que ocurran choques y enfrentamientos intensos. Reafirmamos, por lo tanto, que las transformaciones políticas, económicas y culturales que Brasil necesita suponen una revolución social... La conquista del poder es un momento de la lucha por el socialismo pero no garantiza, por sí solo, su construcción. La conquista del poder puede significar la voluntad de la mayoría, pero no es sinónimo de hegemonía política con base en un proyecto global, y mucho menos ideológica y cultural. Su consolidación vendrá con el ejercicio democrático del poder de modo a comprender las diversas contradicciones materiales, políticas e ideológicas que continuarán existiendo aun entre los sectores sociales revolucionarios (PT, 1991, p. 52)

2. Así, la idea de “toma” o “asalto” del poder es desplazada por la idea de construcción de nuevas relaciones de poder y *conquista de la hegemonía*. En esa construcción la democracia política es pensada como terreno permanente y necesario para la construcción del proyecto estratégico transformador, donde los movimientos de la sociedad civil adquieren un lugar predominante sobre los hechos del Estado en el proceso de proyección y construcción de una nueva sociedad. El fundamento de la idea se aproxima a la concepción gramsciana de “reabsorción de la sociedad política por la sociedad civil”. Aricó expresa esta cuestión del siguiente modo:

El concepto gramsciano de hegemonía, aquello que (...) lo transforma en un punto de ruptura de toda la elaboración marxista que lo precedió, es el hecho de que se postula como una superación de la noción leninista de alianza de clases en la medida en que privilegia la constitución de sujetos sociales a través de la absorción y desplazamiento de posiciones que Gramsci define como “económico-corporativas” y por lo tanto incapaces de devenir “estado”. Así entendida, la hegemonía es un proceso de constitución de los propios agentes sociales en su proceso de devenir estado, o sea, fuerza hegemónica. De tal modo, la aferramos a categorías gramscianas como las de “formación de una voluntad nacional-popular” y de “reforma intelectual y moral”, a todo lo que ellas implican mas allá del terreno histórico-concreto del que emergieron, el proceso de configuración de la hegemonía aparece como un movimiento que afecta ante todo la construcción social de la realidad y que concluye recomponiendo de manera inédita a los sujetos sociales mismos (Aricó, 1985, p. 14).

3. Se construye una idea de *socialismo* pensado como “sinónimo de radicalización de la democracia” (PT, 1991, p. 32), la que deberá ser política pero también, necesariamente, económica y social, y que es pensada como espacio de constitución y conquista de nuevos derechos para el conjunto de los ciudadanos. Se pone el acento en los elementos auto-organizativos y autogestionarios de la comunidad acercando esta concepción a la idea gramsciana de *sociedad autorregulada*. Aricó señalaba los siguientes elementos al respecto:

La pretensión de mantener unidos democracia y socialismo supone en la práctica política construir un orden social y político en el que la conflictualidad permanente de la sociedad encuentre formas de resolución que favorezcan su democratización sin generar su ingobernabilidad. La tarea inmediata, entonces, no puede ser otra que “el desarrollo de formas alternativas de cultura, organización y lucha que pongan en entredicho las normas y las jerarquías institucionalizadas y, por consiguiente, contribuyan a la formación de unos sujetos populares dotados de la autonomía y voluntad para participar plenamente de la vida pública...(Aricó, 1988, pp. 116-117).

4. Se critica la noción restrictiva del sujeto social (fuerza motriz) de la transformación (la clase obrera) y se construye una nueva idea del sujeto de la transformación pensado como “bloque social” múltiple y

heterogéneo que permita dar cauce a los diversos tipos de reivindicaciones de las clases y sectores subalternos que dinamizan el proceso transformador. Así lo expresa, por ejemplo, el 1er. Congreso del PT:

El partido debe repensar su actuación en la sociedad entendiendo las diferentes formas de opresión en ella existentes, que no se resumen a la contradicción capital-trabajo, sino que se extienden a los procesos discriminatorios y de exclusión económica, social, cultural y política que expresan la naturaleza de clase, de raza y de género, característicos del proceso de dominación instituido en los poderes y en la sociedad y responsable por la transformación de mayorías sociales en minorías políticas (PT, 1991, p. 41)

Debiendo esta política llevar, por tanto, a la “constitución de un bloque político y social soldado en la lucha común y en las alianzas necesarias para la construcción de una alternativa democrática y popular” (PT, 1991, p. 36)

5. Se critica la concepción leninista de *partido* y sus relaciones con los movimientos sociales, clásica en la izquierda, “convirtiéndose en una relación horizontal” (Villalobos, 1992, p. 36). Así, se construye la concepción de la relación partido-movimientos sociales basada en las ideas de *autonomía*, *autogestión*, *democracia participativa*, etc. En esta nueva perspectiva el partido es pensado con una función de articulación de fuerzas y de representación de intereses en las instancias de gobierno, pero en una relación de *iguales* con los movimientos sociales; esto es, se postula la búsqueda de *dirección intelectual y moral* y no simplemente de *conducción orgánico-instrumental*. Según la concepción del PT:

En esa discusión nuestra principal preocupación debe estar en combinar la consolidación simultánea del PT como movimiento y como institución. Movimiento con profundas raíces en la sociedad y en la clase trabajadora brasileña -base social de nuestro partido-, una fuerza política, social y cultural de expresión, capaz de mantener relación y diálogo permanentes con los movimientos sociales y partidos políticos, dotado de la dedicación, de la espontaneidad, de la fibra y de la improvisación típicas de un partido de masas que pretende revolucionar la sociedad (...) Partido de masas con formas organizativas diversificadas; partido que dialoga y propone política a los diversos sectores sociales, que aspira a tornarse dirigente hegemónico...(PT, 1991, pp. 57-58)

En el libro *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina* - excelente aproximación al tema y tentativa incompleta de un estudio abarcativo de los procesos de difusión en el área- Aricó, después de mostrar la magnitud de lo que denomina la “renovación del patrimonio ideal” en el pensamiento latinoamericano, consecuencia en buena parte- como muestra el autor- de la operación de los conceptos gramscianos en el trabajo de la intelectualidad de izquierda, lamenta que esa renovación no haya alcanzado a la izquierda política.

Y no deja de ser lamentable que todos estos esfuerzos por renovar un patrimonio ideal que en su utilización ideológica y política dejó de tener capacidad proyectiva, hayan quedado reducidos al ámbito intelectual sin encontrar el suficiente eco en los partidos de izquierda. Porque si aun en tales organizaciones la crítica de las experiencias históricas del socialismo real y el cuestionamiento de las pretensiones de recomposición organicista desde la cúspide de un partido las hallevado a plantearse problemas para los cuales tenían respuestas meramente ideológicas- el de la democracia política, por ejemplo- sigue siendo una limitación grave de su accionar político una visión puramente instrumentalista del estado y de su relación con la sociedad (Aricó, 1988, pp. 115-116)

Sin embargo, por la misma época en que Aricó escribía esta queja desilusionada, en varias organizaciones políticas latinoamericanas surgían sintomáticas innovaciones conceptuales, varias de ellas vinculadas a los efectos de la operación de los conceptos gramscianos. Veamos entonces algunas de estas experiencias que serán el centro de nuestra argumentación.

II. Desborde del “ámbito intelectual” y apropiación por la izquierda política.

La revolución sandinista y algunas elaboraciones teóricas en torno del cambio social que promovió⁵ trajeron importantes innovaciones que fueron recibidas con mayor o menor simpatía, con mayor o menor oposición, pero que se expandieron por América Latina y no pasaron sin dejar huellas en el edificio teórico de la izquierda política. Los efectos teóricos de la revolución sandinista erosionaron algunas creencias en varias

áreas del pensamiento de izquierda: 1. La relación entre marxismo y cristianismo, que de relación de *opuestos filosóficos* pasa a ser pensada en la forma de *complementarios políticos*; 2. La cuestión del “sujeto social” de la revolución en América Latina, desbordando el concepto cerrado de “clase” hacia una idea cerrada de “pueblo”. 3. La cuestión del “sujeto político” de la revolución, en la que se pasa de la idea de partido-vanguardia hacia la idea de “vanguardia unificada” o “frente” de partidos; 4. La cuestión de la democracia política, con la introducción del tema del *pluralismo*; 5. La cuestión de la economía política de la revolución introduciendo centralmente la cuestión de la economía mixta y ciertos replanteos acerca del mercado, etcétera.

No estamos en condiciones de decir cuánto, ni de que manera, la renovación conceptual que se estaba operando en la segunda mitad de los años 70 tuvo que ver con el ideario sandinista. Es una investigación que debería realizarse en detalle, más lo que parece claro y quizás determinante es que la dinámica propia del *tipo de difusión* que tuvo el ideario sandinista, la idea de “asalto al poder” fue el elemento regente. Junto con el mensaje renovador, estaban dos ideas claves: a) La centralidad de las armas. b) La necesidad de la conquista de todo el poder de una vez, vía el “asalto revolucionario”. Así, al mismo tiempo que difundía elementos originales, la revolución sandinista se colocaba como *continuidad* del ideario revolucionario que inauguró e inspiró la revolución cubana. Ese hecho, creemos, secundarizó frecuentemente la discusión de los elementos teóricos más renovadores. Probablemente en esta dirección estuviera encaminada la crítica de esa “visión puramente instrumentalista del estado y de su relación con la sociedad” que continuaban teniendo aun los partidos que produjeron importantes cambios de visión en otro conjunto de problemas.

Que la obra gramsciana había impactado de algún modo sobre los movimientos contestatarios latinoamericanos lo indicaba el hecho de que la XVIIa. Conferencia de Ejércitos Americanos (Mar del Plata, Argentina, 1987) prevenía sobre los efectos de su difusión como el nuevo peligro ideológico de la época, y la derecha política no dejó de manifestarse. Por ejemplo, el 16-5-1987, uno de los principales responsables de las atrocidades cometidas durante la dictadura de 1976-1983 en Argentina, el General Ramón J. Camps, escribía en el diario *La Prensa* de Buenos Aires en un artículo denominado “La República Invasada” que “el fantasma gramsciano es una realidad en la Argentina contemporánea”, y agregaba que el propio Poder Ejecutivo era ejercido por un “típico representante del gramscismo nativo, aunque un tanto primitivo”. Según la paranoica declaración, con la asunción de Alfonsín a la Presidencia de la Nación, los intelectuales gramscianos -a quienes colocaba como “la retaguardia de la subversión”- se habrían apropiado de las estructuras del poder político.

Es verdad que, aunque exagerados, estos temores de la derecha no eran del todo infundados, y los posibles efectos políticos de esta “influencia perversa” empezaban a ser visibles en aquel momento. En el caso de nuestra investigación, un acontecimiento nos alertó sobre la posible magnitud del impacto de los conceptos gramscianos en esta parte del espectro político. A comienzos de 1989, el M-19 y el gobierno de Colombia comenzaban una experiencia de diálogo que culminaría con el desarme y la incorporación del M-19 a la vida político-institucional. A comienzos de abril de aquel año, en Santo Domingo -un pequeño poblado de la cordillera central Colombiana, en el cual el M-19 asentó su estado mayor y bautizó como “Ciudadela de la Paz”- tuvimos oportunidad de entrevistar al jefe político y militar de esta organización: Carlos Pizarro Leongómez. Nos interesaba fundamentalmente conocer más sobre el tipo de cambio social que promovía el M-19. En el marco de esa discusión, y en torno del uso del concepto de “clase”, nos decía Pizarro:

Nosotros hablamos con criterios de *nación y pueblo*, hablamos con criterios *gramscianos*. Hablamos de que los sectores revolucionarios tienen que saber interpretar no solamente los intereses de las clases proletarias de un país, sino los intereses del conjunto de la sociedad. El problema de este país no es un problema simplemente de clases. Tenemos que desbordar el concepto de clase por un concepto más integral, donde le ofrezcamos alternativas al conjunto de los sectores y podamos manejar una sociedad mucho más cerca del consenso y de la integración que del autoritarismo y de la exclusión. Así sea un exclusivismo de mayorías. En Colombia en concreto y creo que en América Latina en su conjunto, requerimos reformular los viejos esquemas que hemos heredado del marxismo, para buscar alternativas mucho más dinámicas y mucho más cercanas a las expectativas de nuestros pueblos y, fundamentalmente, las exigencias de este nuevo ciclo.

Es obvia la extrañeza que causaban estas declaraciones. Un pequeño ejército guerrillero que se dijera “gramsciano” en la violenta geografía colombiana era ciertamente de un exotismo exagerado. Al mismo

tiempo que la experiencia sandinista, otros dos fenómenos se destacaron en el escenario político América Latina a fines de los años 70 y principios de los 80: El comienzo de la guerra civil en El Salvador -que marcaba también el nacimiento del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) como fuerza insurgente -y el surgimiento del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil. Estos dos partidos desarrollaron sus proyectos políticos en condiciones totalmente disímiles, uno envuelto en una guerra revolucionaria, el otro a través de formas no armadas de intervención en la vida política y social del país, y sin embargo diez años después, a comienzos de la década del 90 nos sorprenden con un interesante encuentro de perspectivas estratégicas y con un fluido intercambio político que ciertamente presenta un desafío teórico instigante. En los primeros dos años de la década, el PT, que había disputado la presidencia del país asustando a las elites con la candidatura de Luis Ignácio Lula Da Silva (“Lula”) se encontraba en un extenso proceso de discusión de su línea política estratégica, que sería definida en el Primer Congreso del Partido, convocado con ese objetivo central para diciembre de 1991. Por su parte, el FMLN, entraba en un complicado proceso de Acuerdos de Paz con el gobierno de El Salvador, con la mediación de la ONU, para el cual debía re-definir el conjunto de sus conceptos estratégicos, construyendo un proyecto que se adaptara a las nuevas condiciones del proceso social que se estaban configurando. En esas circunstancias, en ambos partidos aparecen proyectos estratégicos que se valen de nuevos conceptos para pensar la transformación radical de la sociedad, y varios de esos conceptos pertenecían al *corpus* de la tematización gramsciana de la hegemonía.

En el caso del PT, aunque será en el período de maduración del partido que el concepto de hegemonía pasará a sintetizar más claramente el “camino petista hacia el socialismo” -básicamente el período que va del 5to. Encuentro, en diciembre de 1987, al 1er. Congreso del partido en diciembre de 1991-, ya en los documentos fundacionales encontramos registros de la utilización de este concepto. Por ejemplo, en el documento preparatorio del Programa de 1979 aparece en la evaluación de la situación del partido naciente, una apreciación sobre la falta de credenciales del partido como “portador de la voluntad de hegemonía de la clase trabajadora” (Pedros, 1980, p. 88). Refiriéndose a la importancia y al interés fundamental de los trabajadores y otros sectores subalternos en la construcción de la democracia señala el documento que “ella es el espacio donde la posibilidad de hegemonía de las clases que forman el PT podrá aparecer y ofrecer al conjunto de la sociedad brasileña propuestas para su propia transformación” (Pedrosa, 1980, p. 94) Así la hegemonía es vista como “posibilidad” y la institucionalidad democrática como espacio de desarrollo de la misma. Posteriormente, el concepto ganará relevancia como expresión de la estrategia del partido como “lógica” de la acción política.

El 5to. Encuentro marca un punto de inflexión en la elaboración colectiva sobre la cuestión de la concepción estratégica del partido, en la afirmación y definición más clara de los trazos característicos del *socialismo* en el proyecto petista, y en la definición del camino para su construcción. el 5to. Encuentro constata el hecho de que la sociedad brasileña ha sido capaz de desarrollar una sociedad civil densa, lugar decisivo de la disputa.

En la sociedad civil (...) la burguesía construyó organizaciones sólidas (...) que actúan tanto para mantener la hegemonía de su clase sobre las otras, como para mantener el dominio en el aparato del Estado. En contraposición a esto, tanto los asalariados como las capas medias de la población también crearon organizaciones de la sociedad civil que participan de aquella disputa por la hegemonía y por el poder (PT, 1987, p. 13).

Esa mayor densidad organizativa de los sectores populares en la sociedad civil se complementa, según esta evaluación, con la apertura de espacios en el núcleo de la “sociedad política”, en el Estado. Así, afirma el documento: “El Estado brasileño, aunque se haya reforzado mucho (...) no está en condiciones de cerrarse completamente a la participación de las clases subalternas en su interior... (Ibid). Por lo tanto, esa disputa, esa lucha por la expansión de una alternativa democrático-popular es vista en este Encuentro como un proceso que presupone una acción con tres ejes: 1. La organización del partido. 2. La organización del movimiento popular, en particular de los trabajadores organizados en la Central Unica de los Trabajadores (CUT). 3. La ocupación de los espacios institucionales a partir de las elecciones.

En el 6to. Encuentro, realizado en junio de 1989, que tenía como objetivo principal el lanzamiento de la candidatura de Lula para la Presidencia de la Nación y la preparación del programa de gobierno, el PT avanza en la caracterización de la crisis que atraviesa la sociedad brasileña. Definiendo la crisis como “crisis global” (una crisis que presenta elementos “del desarrollo de una crisis de hegemonía política”) y “estructural” (no es motivada por razones momentáneas o coyunturales”) (PT, 1989, p. 5), el 6to. Encuentro evalúa que esa crisis,

para ser superada exige “un fuerte y generalizado deslizamiento de la correlación de fuerzas en favor de la burguesía o del proletariado”, lucha en la cual verifica, del lado de los sectores subalternos, que

“El grado de organización política de los trabajadores es bastante para comenzar una disputa por la hegemonía política (...) Los trabajadores ya construyeron un instrumento capaz de disputar la hegemonía con los partidos burgueses a nivel nacional (...) El PT fue construyendo una hegemonía indiscutible en el campo del movimiento obrero y popular (PT, 1989, p. 5 y 6).

Nótese la modificación en la evaluación del estado del proceso de construcción de hegemonía, desde aquella “posibilidad de hegemonía” expresada en los primeros documentos, hasta esta nueva posición del partido, en una situación en la cual se disponía a luchar por el gobierno nacional en las elecciones presidenciales. En esta coyuntura, el 6to. Encuentro observa el hecho de que las características particulares del período han impedido “la clara conformación de un bloque político y social hegemónico en el campo dominante.” (PT, 1989, p. 7)

Ya en el 7mo. Encuentro, realizado en tiempos en que el partido ya cuenta con un espacio creciete en las instituciones del Estado y después de las elecciones nacionales en que hubo no pocas esperanzas de la militancia petista en la victoria de Lula sobre Collor de Melo, se ajusta la comprensión sobre la relación del partido con el conjunto de la sociedad, tanto dentro de las instituciones y movimientos de la sociedad civil, como con respecto a la actuación de las administraciones petistas. En lo que respecta a la sociedad civil, y en relación estrecha con el concepto de hegemonía, señalan las resoluciones:

La relación del PT con la sociedad civil brasileña es importante tanto por la influencia creciente ejercida por ella, como por el hecho de que la disputa de hegemonía y del poder político por los trabajadores y demás capas populares ocurre de forma muy intensa en el campo de la sociedad civil, creando nuevas condiciones para la ampliación y consolidación de la democracia. Y sucede no sólo colocando la sociedad civil en contraposición al Estado, sino también las organizaciones económicas y sociales de los trabajadores en competencia con las entidades predominantemente burguesas, instituciones y asociaciones patronales conservadoras o reaccionarias, que se destinan a mantener los sectores populares bajo la influencia de los valores burgueses (PT, 1990, p. 36).

En el 7mo. Encuentro, el concepto de hegemonía ha alcanzado ya un papel explicativo relevante en la definición de la estrategia del PT. Así, a lo largo del documento, el concepto es un hilo conductor. Se tratará de “luchar por la hegemonía en el camino de la construcción del socialismo.” (PT, 1990, p. 37); de “ampliar considerablemente el relacionamiento del PT con la sociedad civil, permitiéndole disputar efectivamente la hegemonía ideológica y política” (PT, 1990, p. 38). Se impulsará a la militancia partidaria a la “búsqueda de la hegemonía petista en la sociedad” (PT, 1990, p. 39). Que impulsará a la militancia partidaria a la “búsqueda de la hegemonía petista en la sociedad” (PT, 1990, p. 39) proponiendo al partido como un partido nacional que “busca formular un proyecto nacional para disputar la hegemonía en el conjunto de la sociedad” (PT, 1990, p. 40). Asimismo el Encuentro propone “conquistar gobiernos provinciales y elegir una gran bancada en el Congreso Nacional, cambiando en el campo institucional la correlación de fuerzas en el país, creando así una nueva realidad para la lucha social y para la disputa de la hegemonía. (PT, 1990, p. 49). En el mismo sentido, el documento convoca a una definición estratégica más precisa para transformar las alcaldías gobernadas por el PT en “herramientas de disputa de hegemonía en la sociedad.” (PT, 1990, p. 57).

El 1er. Congreso será un momento importante de la discusión colectiva donde se llega a síntesis significativas sobre la cuestión del socialismo y sobre el tema de la estrategia para conquistarlo que continúan vigentes hasta hoy. Las resoluciones del Congreso caracterizan el tipo de estrategia adoptada como una estrategia “con énfasis en la disputa de hegemonía” (PT, 1991, p. 11), y el lugar destacado que este concepto alcanzó en la definición del PT queda claro en los planteos de dos secciones fundamentales de las resoluciones tituladas “El papel central de la disputa de hegemonía” y “La disputa de hegemonía hoy”, donde son desarrollados los contenidos de esta estrategia. Aunque obviamente no podemos reproducir toda esta fundamentación en los límites de este artículo, es importante mencionar algunos elementos centrales que estructuran la estrategia de un modo integral, envolviendo la función de Estado y la relación con los movimientos sociales en la sociedad civil. Así, sobre las acciones en el nivel del Estado, dice el documento:

La acción de gobierno que el PT ejerce hoy debe ser vista como un elemento decisivo en la construcción de nuestra hegemonía, ya que se trata de gobernar, ejecutar políticas y democratizar el Estado, accionar la participación y el control popular, convivir e interactuar con otros sectores, segmentos y clases sociales, ejercer el derecho a la hegemonía, legitimada por las urnas, aunque sea todavía en el nivel municipal (PT, 1991, p. 46)⁶

Por otro lado, sobre el papel de los movimientos sociales en esta disputa agrega lo siguiente:

La acumulación en el frente institucional no sucederá si no avanzamos en el campo social (...) Ninguna política de gobierno ni tampoco ninguna propuesta parlamentaria se viabiliza sin sustentación social y sin presión popular, mucho menos un gobierno a nivel nacional. El crecimiento, la generalización y la politización de los movimientos sociales es fundamental en nuestra política de acumulación de fuerzas y disputa de hegemonía (PT, 1991, p. 46)

Por lo tanto, en las resoluciones del 1er. Congreso, la acción política para la construcción de una nueva hegemonía es pensada en el doble espacio de la sociedad *política* y de la *sociedad civil*, definiéndose sintéticamente el proceso de disputa de hegemonía en este espacio social complejo de la siguiente manera:

La disputa de hegemonía supone una acción simultánea en el terreno político, social e ideológico. Engloba el trabajo en las instituciones donde actuamos en el sentido de expandir las fronteras de la participación, de la democracia, de la ciudadanía y de la afirmación de la sociedad sobre el Estado. Incluye la diversidad de las luchas sociales no institucionales y no siempre “legales”. Incorpora la construcción de los instrumentos organizativos a través de los cuales los trabajadores y la sociedad brasileña podrán definir los rumbos del país. Envuelve la disputa de ideas, la construcción de una nueva cultura, de una nueva ética, de una nueva solidaridad social, que se contrapongan a los valores dominantes. En resumen, disputar hegemonía hoy significa construir un enorme movimiento social por reformas en nuestro país, esencial para viabilizar un camino alternativo de desarrollo, que tenga entre sus principales características la incorporación a la ciudadanía y al trabajo, de millones de marginalizados y desheredados sociales existentes en Brasil (PT, 1991; 46-47).

Estos elementos son demostrativos de la construcción de un tipo de lógica política para la definición de la estrategia de este partido centrada en el concepto de “hegemonía”. Desde una presencia secundaria en los documentos fundacionales del partido en los años 79-80, pasando por la utilización más relevante de los conceptos de “sociedad civil” y “clases subalternas” y la adopción de los conceptos de “bloque político y social” y “bloque histórico”, etc. entre el 5to. y el 7mo. Encuentro, hasta la apropiación del concepto tal como lo expresa la resolución del Primer Congreso, la presencia de los conceptos gramscianos es una realidad irrefutable.

¹ No tenemos noticia de que se hayan publicado las actas de este encuentro. Sin embargo, fue publicado en portugués el libro “Gramsci em América Latina” (Paz e Terra, Río de Janeiro, 1988), compilado por Carlos Nelson Coutinho y Marco Aurélio Nogueira, donde se encuentran algunos de los ensayos presentados en la ocasión. Por otra parte en el Suplemento/4 de la revista *La Ciudad Futura* (Buenos Aires, agosto de 1987) se publican en español algunos de estos artículos. En ninguna de estas publicaciones se menciona una edición en italiano de las actas del encuentro de Ferrara.

² En 1950 Lautaro publica las *Cartas desde la Carcel*, en 1958 *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, con prólogo de Héctor Agosti; en 1960, *Los intelectuales y la organización de la cultura*; en 1961, *Literatura y vida nacional*, traducido por José Aricó con prólogo de Agosti; y en 1962, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado Moderno*, con traducción y prólogo de José Aricó. Los dos libros restantes fueron publicados en español mucho más tarde: en 1977 *Pasado y Presente* y en 1980, *El Risorgimento*, ambos por la editorial mexicana Juan Pablos Editor.

³ En 1966 aparecieron *Concepcao Dialéctica da História* “[*El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*] y *Cartas do Cárcere*; en 1968 *Maquiavel, a política e o Estado moderno, Literatura e vida nacional y Os intelectuais e a organizacao da cultura*.

⁴ Esta observación es pertinente especialmente para Brasil y México así como para Perú o Venezuela, pero no para Chile, Argentina y Uruguay donde las dictaduras militares habían sometido la vida universitaria a una censura implacable.

⁵ Por ejemplo la importante producción teórica de Orlando Núñez.

⁶ Debe tenerse en cuenta que desde 1988, el PT contaba con 36 intendentes y más de 1000 concejales en varios estados, entre ellos el intendente de Sao Paulo, Luiza Erundina. Por otra parte, en 1990 cuenta ya con 35 diputados federales y 93 diputados provinciales.